

# ¿Qué es la Psicología Cultural?

Anthony Sampson

La Psicología Cultural constituye un novedoso enfoque teórico-metodológico (en gestación probablemente desde finales de los años setenta —y aún antes, si se toman en cuenta las tentativas de G.H.Mead y de Lev Vygotski que permanecieron marginales con respecto a las corrientes principales de la psicología académica—, pero bautizado como tal sólo a partir de mediados de los años ochenta) para la exploración y análisis de la constitución y construcción de la dimensión psicológica del ser humano. Dicho enfoque comienza a fructificar y engendrar un número cada vez más amplio de estudios<sup>1</sup> que demuestran la determinación esencialmente cultural e histórica de todos los procesos calificables de psicológicos: cognitivos, emocionales, intencionales, perceptivos y en general todos los llamados estados mentales y funciones psíquicas. Se trata, sin duda, de un enfoque que, por su fecundidad, se ha extendido rápidamente por todos los centros de investigación tanto en los Estados Unidos como en Europa. Por tanto, es de particular interés que esta orientación teórica y metodológica sea acogida también en Colombia para poner a prueba, en el contexto socio-cultural específicamente colombiano, la novedad y valor de sus conceptos.

Entre las diversas innovaciones que este enfoque efectúa, conviene subrayar la que consiste en arrancar la psicología de su aislamiento teórico y disciplinario, el cual tradicionalmente la ha confinado dentro de una compartimentalización académica muy estrecha. La segmentación académica de los saberes llevó a que la psicología académica, durante décadas, le diera la espalda a prácticamente la totalidad de las diversas ciencias humanas. El partido tomado por una científicidad decimonónica semejante a la que aparente-

---

1 Para no recargar este texto con una bibliografía pesada, señalo solamente los últimos textos de Jerome Bruner, *La Construcción del Sentido* (con Helen Haste), Madrid, Paidós, 1992, *Realidad Mental y Mundos Posibles*, Barcelona, Gedisa, 1989, *Actos de Sentido*, Madrid, Alianza Editorial, 1991, además de diversos artículos posteriores a estos libros; Donald E. Polkinghorne, *Narrative Knowing and the Human Sciences*, New York, SUNY, 1988; y especialmente: *Cultural Psychology, Essays on Comparative Human Development*, ed. James W. Stigler, Richard A. Schweder, Gilbert Herdt, New York, Cambridge University Press, 1990, 625 páginas.

mente caracterizaba a las ciencias físicas pre-einsteinianas, no sólo implicó la adopción de una postura epistemológica cada vez más insostenible en dichas ciencias mismas, sino que conllevó el repudio de toda noción de subjetividad e incluso puso en peligro la idea misma de lo psicológico como campo de despliegue de las actividades de una psique como tal: la mente y el llamado mentalismo fueron cubiertos de anatema y abandonados a la filosofía, que prestamente recogió lo que los psicólogos habían despectivamente desechado. Las únicas fuentes de inspiración para los estudios psicológicos provinieron de campos que no podían aportar más que esquemas mecánicos o formalistas y, por ende, reduccionistas. Estos esquemas, o más bien metáforas, tuvieron la fatal consecuencia de despojar al ser humano de uno de sus rasgos definitorios y más esenciales: el de ser un ser de lenguaje. Dicho en otros términos, fue borrado del campo de la psicología el hecho de que el hombre es, por encima de todo, un transmisor y generador de significaciones.

El postulado del cual parte la psicología cultural consiste en afirmar que la psicología no constituye una dimensión comparable a la que la dotación fisiológica le ha conferido al ser humano. A este propósito cabe anotar que se considera que la evolución de la especie hace tiempos ha llegado, por lo esencial, a su límite final, y, por tanto que nada significativamente nuevo ha de esperarse como transformación vital —salvo alguna catástrofe de tipo nuclear, por ejemplo, que afecte drásticamente a la configuración genética—; en cambio, la evolución cultural se ha sustituido a la evolución biológica e inclusive ha logrado eludir las constricciones selectivas de orden orgánico.<sup>2</sup> Las invenciones tecnológicas han dotado al ser humano de una plétora de prótesis, u órganos exosomáticos, que compensan ampliamente las restricciones que la fisiología impone. Todas estas invenciones, eminentemente culturales, no pueden considerarse como carentes de efecto sobre la dimensión psicológica. No simplemente potencian, por ejemplo, la competencia cognitiva, sino que hacen que posibilidades latentes, virtuales, en ciertas circunstancias se despliegan de una manera insospechada. En últimas, el saber nunca puede pensarse como algo confinado esencialmente dentro de un espacio interior —aunque fuese el espacio cerebral mismo. El saber está, como se dice contemporáneamente, “distribuido” en un contexto. El adentro y el afuera están en una permanente interracción. Y de esa interracción, y del empleo de instrumentos que ella presupone, dependemos de manera radical. La famosa frase de Einstein de que su lápiz era más inteligente que él ilustra esta proposición gráficamente.

Entonces, si el contexto socio-cultural posee una importancia tan crucial como lo pregonan la psicología cultural, es justamente debido a la naturaleza de la fisiología humana misma, y en particular la del cerebro. Es la llamada epigénesis la que hace posible que la cultura incida de una manera tan deci-

2 Cf., Jacques Ruffié, *Le Sexe et la Mort*, París, Odile Jacob, 1986: “...la evolución biológica...a nuestro juicio está terminada en la escala humana”, p.224.

siva sobre la constitución psicológica. Dicho de otro modo, la extraordinaria plasticidad del equipo fisiológico humano, en particular las potencialidades del cerebro, no imponen un único patrón que es inexorable y universalmente seguido. Al contrario, la tesis fundamental de la psicología cultural es la de que dicha plasticidad es moldeada, de una manera infinitamente variable, de acuerdo con las estructuras culturales históricamente constituidas que configuran los sistemas de significación peculiares a cada sociedad humana.

Así, la psicología cultural se propone estudiar las variadísimas maneras en las que las tradiciones culturales y las prácticas sociales regulan, expresan, transforman y transmutan la psique humana. Es el estudio de las formas como el sujeto se constituye en una permanente interrelación con el otro, en el marco de los sistemas culturales que rigen las prácticas sociales en un momento histórico dado. La psique no se da sino en una cultura particular y es esa cultura la que confiere su particularidad a tal psique. La interdependencia, la determinación recíproca, la dinámica de una dialéctica son algunos de los corolarios que se desprenden de este axioma de partida. Así, no se llega a la unidad de un substrato universal, atemporal, ahistórico, y acultural sino a la proliferación de divergencias, es decir de modos de significación diferenciales que constituyen la singularidad y especificidad de cada cultura humana.

Es una concepción, entonces, anti-esencialista, anti-sustancialista y resueltamente relativista en la que es el orden o sistema de la cultura el que, a tiempo que determina al sujeto, permite la realización concreta de sí, permite que el sujeto se complete a sí mismo y devenga lo que su cultura le capacita —y autoriza— para ser. De otro modo no tendría sino esa forma de existencia de lo puramente incoativo que no ha podido desplegar su potencialidad. Y ya se sabe que aquel que no advenga como sujeto en el lapso debido permanece para siempre por fuera de su plena realización humana (el ejemplo más patético son los famosos “*enfants sauvages*” que fascinaron a los psicólogos y educadores del siglo XIX y los autistas contemporáneos<sup>3</sup>).

Digámoslo en palabras de Marshall Sahlins: “...las estructuras de la mente no son tanto los imperativos de la cultura cuanto sus implementos. Componen un conjunto de posibilidades organizacionales a disposición del proyecto cultural humano, proyecto que, no obstante, gobierna su implementación de acuerdo con su naturaleza, así como gobierna su investimento con diversos contenidos significativos. ¿De qué otro modo explicar la presencia en las culturas de estructuras universales que, sin embargo, no están universalmente presentes?”<sup>4</sup> De este modo, los dispositivos mentales humanos son los instrumentos a través de los cuales la cultura se ejerce, mas no son los determinantes de ella. Pero, si la cultura es el conjunto de los sistemas de transmisión y

3 Cf., Lucien Malson, *Les Enfants Sauvages*, París, 10/18, 1964; y Bruno Bettelheim, *The Empty Fortress*, New York, The Free Press, 1967.

4 Marshall Sahlins, *Culture and Practical Reason*, The University of Chicago Press, Chicago, 1976, p. 122-3.

de generación de significaciones —siempre discretas, diferenciales, relativas al sistema en el cual se engendran y que al mismo tiempo constituyen—, ¿cómo dejar de reconocer que la cultura es un orden simbólico, y por ende, sólo pensable y analizable en términos semióticos?

De nuevo, esto equivale a poner en un lugar crucial y central la dimensión lingüística del ser humano; equivale, dicho con mayor precisión, a postular que no hay psicología sino de un ser hablante. O, en aún otros términos, no puede haber psicología sino en la estricta medida en que todas las consecuencias de este hecho primordial pueden ser rastreadas, catalogadas, comparadas, evaluadas y plenamente conceptualizadas. La estructuración semiótica del universo humano, concretándose cada vez en una lengua y en una cultura dadas, se extiende sobre cada aspecto y faceta de la existencia humana. Es esta interpenetración de la cultura y de la lengua, y sus efectos constitutivos sobre el sujeto humano que actúa en dicha cultura y que habla dicha lengua, la que la psicología cultural quiere estudiar. Sujeto, lengua y cultura no son dissociables y ciertamente no pueden ser tratados como variables independientes. No pueden, por tanto, contraponerse el individuo y su sociedad, ni el sujeto y el objeto escindir-se y mantenerse en aislamiento el uno del otro.

No es de asombrarse, por tanto, si entre los autores de épocas pasadas la obra de Lev Vygotski (pero también la de George Herbert Mead<sup>5</sup>) haya adquirido una nueva importancia para los investigadores contemporáneos en la psicología cultural. Y la edición de sus voluminosos escritos que, por primera vez, se comienzan a editar de una manera completa y relativamente aceptable<sup>6</sup>, sin duda aumentará aún más el valor de su orientación para los practicantes de la psicología cultural. Se sabe desde los años sesenta, por supuesto, especialmente entre los estudiosos de la teoría psicológica del aprendizaje, del interés e importancia del concepto de la “zona del próximo desarrollo”. En cambio, sólo hasta hace poco, se ha comenzado a reconocer que “el corazón de la teoría histórico-cultural de Vygotski es la concepción de la organización semiótica peculiar de todas las formas propiamente humanas de la psiquis”.<sup>7</sup> Es digno de señalarse, aunque sea de paso, que en este punto central hay un acuerdo importante entre Vygotski y el padre de la lingüística Ferdinand de Saussure.

Según esta concepción vigotskiana, los límites tradicionales asignadas al campo de la psicología debían ser desplazados para ensanchar su territorio, pues éste se había deslindado de modo excesivamente estrecho. Así, se había cercenado a la psicología importantes áreas que legítimamente le correspondían. Vastas zonas para la investigación se habían dejado completamente abandonadas, y Vygotski se propuso, entonces, inaugurar su análisis, abriendo

5 Cf., George Herbert Mead, *Mind, Self and Society*, Chicago, The University of Chicago Press, 1934.

6 Cf., Liev Semiónovich Vygotski, *Obras Escogidas* (2 tomos), Madrid, Visor, 1991 y 1993.

7 Cf. A. Puziréi, *El Proceso de Formación de la Psicología Marxista: L.Vygotski, A.Leontiev, A.Luria*, Moscú, Editorial Progreso, 1989, p. 8-9.

nuevos caminos para la psicología. Reveló la dimensión específicamente psicológica de mucho de lo que hasta entonces no se había considerado como propiamente psíquico: los sistemas mnemotécnicos semióticos (desde el nudo que se hace en un pañuelo como método para recordar hasta los complejos sistemas de representación mnemotécnica en los que Vigotski mismo era un consumado experto), los sistemas de escritura (desde las primeras incisiones de los “primitivos” hasta el sistema alfabético con su violenta disrupción de la unidad silábica natural), los sistemas de anotación numérica (que Brian Rotman<sup>8</sup> estudia modernamente desde la misma perspectiva semiótica), los esquemas y diagramas, las obras de arte (tanto la literatura —la novela, la gran tragedia y especialmente la poesía lírica—, así como las artes plásticas: todas áreas que la psicología académica, a pesar de aislados esfuerzos por constituir una psicología del arte, consideraba provincia de las facultades de filosofía y letras y no del dominio de una disciplina ansiosa por ganarse el reconocimiento general como ciencia pura y dura), la historia de los vestidos, los tatuajes y en general todos los sistemas de signos que constituyen el “medio ambiente” propiamente humano. Por tanto, aun el sistema de los llamados “lunares” o “moscas” que, en la moda de los siglos XVIII-XIX, las europeas se complacían en lucir en partes visibles del cuerpo (rostro o escote) era, para él, objeto digno de la atención del psicólogo.

Pues, Vygotski se negó siempre a que la psicología o bien se redujera a una concepción fisiologista en la que todas “las formas superiores de comportamiento, que deben su origen al desarrollo histórico de la humanidad, se ponen en una misma línea con los procesos fisiológicos, orgánicos”, o bien se abstraiera en un frío cálculo de los dispositivos mentales, caso en el cual dichas formas superiores “se liberan de todo lo material y comienzan una vida nueva, en este caso eterna, supratemporal y libre en el reino de las ideas, revelándose al conocimiento intuitivo, que toma la forma de una ‘matemática del espíritu’ fuera del tiempo”.<sup>9</sup>

De ahí su insistencia en una concepción histórico-cultural, y en una nueva manera de considerar el desarrollo infantil que rechaza todo “el oculto preformismo remanente” que aún perdura en la teoría del desarrollo del niño. Vygotski proporciona las bases para una crítica de la noción, periclitada en embriología pero pertinaz en psicología, de “génesis”. Pues, dicho llana y escuetamente, la noción de génesis se otorga a sí misma de entrada justamente lo que sólo al final debería poder explicar: está desde el origen ya allí aquello cuyo surgimiento habría que explicar, exactamente como la bellota de un roble contiene ya todo el futuro roble con sus raíces, tronco y ramas, pero en miniatura. Este evolucionismo oculto e insidioso fue objeto de las más severas críticas de Vygotski quien le reprochaba a “la psicología infantil no [querer]

8 Cf., Brian Rotman, *Signifying Nothing, The Semiotics of Zero*, Stanford, The Standford University Press, 1993.

9 Citado por A. Puziréi, *op.cit.*, p.88.

saber nada de las transformaciones críticas, discontinuas y revolucionarias de las que está llena la historia del desarrollo infantil y que tan frecuentemente se encuentran en la historia del desarrollo cultural”.<sup>10</sup>

Vygotski hallaba la huella de estas discontinuidades y rupturas en lo que él llamaba, citando a Freud, los “desechos del mundo de los fenómenos”. Justamente tales “desechos” les habían parecido a los psicólogos, hasta entonces, perfectamente desdeñables e insignificantes. Pero en ellos Vygotski veía, al contrario, la manifestación de la adquisición de lo que él denomina “las funciones psíquicas rudimentarias” que son “documentos del desarrollo, testigos vivientes de viejas épocas,...importantísimos síntomas históricos”.<sup>11</sup> Así como el zoólogo, a partir de un pequeño fragmento de hueso de algún animal fosilizado, reconstruye todo su esqueleto, o como el arqueólogo basándose en una moneda antigua desprovista de todo valor descubre una compleja mutación histórica, o como el historiador al descifrar un jeroglífico puede llegar a leer toda una época perdida de la historia, así también el psicólogo puede leer en lo pequeño lo grande. Y así se produce la sorprendente confluencia del pensamiento de Vygotski con el de Freud: “La psicología sólo en los últimos tiempos está superando el terror que experimentaba en la evaluación vital de los fenómenos y aprende a ver en menudencias insignificantes —estos desechos del mundo de los fenómenos, si usamos la expresión de S. Freud, quien prestó atención, justamente, a la psicología de la vida cotidiana— importantes documentos psicológicos. Nosotros quisiéramos seguir el mismo camino y mostrar en el problema que nos interesa cómo lo grande se manifiesta en lo más pequeño, como dice Freud al respecto”.<sup>12</sup>

Entre esas pequeñas insignificancias en las que el método “analítico-objetivo” del joven Vygotski se detiene, podemos señalar esta asombrosa lista: “La máquina, el chiste, la lírica, el nudo mnemotécnico, la orden militar”. Nos llevaría demasiado tiempo desmenuzar esta colección aparentemente heteróclita que yuxtapone elementos a primera vista tan disímiles. No obstante, señalo, aunque sea de paso, que todos constituyen, en la nomenclatura de Vygotski, “trampas” (trampas para la naturaleza y trampas para la psique), en las que algo es apresado, aprehendido, y en las que una actividad humana de dominio a través de sistemas mediadores —semióticos— se ejerce. La prematura muerte de Vygotski y la subsiguiente tiranía staliniana hizo que su vasto programa quedara sepultado con él. Por lo demás, por genial que Vygotski fuese, es por completo evidente que él solo no habría podido avanzar sino por unos cuantos caminos dentro de este extensísimo campo de la psicología histórico-cultural.

De hecho, este programa de investigación tampoco puede llevarse a

---

10 *Op.cit.*, p.139

11 *Op.cit.*, p.107.

12 *Ibid.*

cabo si es concebido como el dominio exclusivo de los psicólogos propiamente dichos. Y de hecho, los impulsores contemporáneos de la psicología cultural pregonan la urgente necesidad de acoplar sus esfuerzos a los de los antropólogos, historiadores, sociólogos, filósofos, juristas, semióticos y psicoanalistas. Sus investigaciones concretas (los simposia de Chicago de 1986 y de 1987, bajo los títulos respectivos de “Cultura y Desarrollo Humano” y de “Vidas de Niños en Contexto Cultural”, son una clara ilustración del ejercicio de esta interdisciplinarietà) recurren abundantemente a todas estas disciplinas para la elaboración de los instrumentos teóricos indispensables para el tratamiento de los hechos estudiados. Hay que señalar también la aparición reciente de nuevas revistas especializadas, como *Psychology and Culture*, dirigida por Jaan Valsiner.

En efecto, los refuerzos necesarios se hallan ya a la mano o están siendo producidos por muchísimos investigadores en todos los campos mencionados, pues sostengo que en realidad muchos estudios de psicología cultural, especialmente en lo que concierne a civilizaciones pasadas, así como a civilizaciones no occidentales, ya han sido ampliamente desarrollados - con la salvedad de que no han sido hechos por estudiosos que se denominan a sí mismos como psicólogos, sino como historiadores o antropólogos.<sup>13</sup>

---

13 Jerome Bruner, quizá el más conspicuo de los psicólogos culturales, ha encontrado agua para su molino tanto en los historiadores de mentalidades (*Historia de la Vida Privada*), como en antropólogos (Clifford Geertz, Marshall Sahlins, Renato y Michelle Rosaldo), como en semióticos (Barthes, Todorov, Greimas, etc.), como en filósofos (Goodman, Rorty, Quine, Grice, etc.) y en psicoanalistas (Schafer y Spence en particular). Pero, cabe anotar que todos los investigadores en psicología cultural beben de estas fuentes y aún otras.